

Sexualidad, Salud y Sociedad

REVISTA LATINOAMERICANA

ISSN 1984-6487 / n.19 - apr. 2015 - pp.102-132 / Martínez, A. / www.sexualidadsaludysociedad.org

La identidad sexual en clave lesbiana. Tensiones político-conceptuales: desde el feminismo radical hasta Judith Butler

Ariel Martínez

Becario Doctoral del Consejo Nacional
de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Universidad Nacional de La Plata
La Plata, Argentina

> amartinez@psico.unlp.edu.ar

Resumen: Este artículo indaga aportes sobre la ‘heterosexualidad’ del feminismo radical lésbico y de la filosofía de Judith Butler. Se exponen los supuestos que subyacen a las categorías de ‘cuerpo’ e ‘identidad’, implicadas en los debates sobre la identidad sexual. Se destaca la emergencia de la dimensión política presente en todo análisis de la sexualidad para dar cuenta de las desventajas de anudar a los cuerpos características esenciales en relación con el género y la sexualidad. Se concluye de incluir localizaciones subjetivas no capturadas en las restricciones propias de identidades fijas y monolíticas.

Palabras clave: sexualidad; identidad; cuerpo; feminismo; Judith Butler

A identidade sexual em chave lésbica. Tensões político-conceituais: desde o feminismo radical até Judith Butler

Resumo: Este artigo investiga contribuições sobre a “heterossexualidade” do feminismo-lésbico radical e da filosofia de Judith Butler. Apresentam-se as hipóteses que subjazem às categorias de “corpo” e “identidade” implicadas nos debates sobre a identidade sexual. Destaca-se a emergência da dimensão política presente em toda análise da sexualidade para dar conta das desvantagens de dar aos corpos características essenciais em relação com o gênero e a sexualidade. Conclui-se incluindo localizações subjetivas não apreendidas nas restrições próprias de identidades fixas e monolíticas.

Palavras-chave: sexualidade; identidade; corpo; feminismo; Judith Butler

Sexual identity on a lesbian key. Conceptual and political tensions: from radical feminism to Judith Butler

Abstract: This article discusses contributions on ‘heterosexuality’ by radical lesbian feminism and by Judith Butler’ philosophy. It describes the assumptions underlying the categories of ‘body’ and ‘identity’ involved in the debate on sexual identity. It highlights the emergence of the political dimension present in any discussion of sexuality to account for the disadvantages of tying to bodies essential features related to gender and sexuality. The article concludes with a suggestion to include subjective locations uncaptured in the restrictions of fixed and monolithic identities.

Keywords: sexuality; identity; body; feminism; Judith Butler

La identidad sexual en clave lesbiana.

Tensiones político-conceptuales:
desde el feminismo radical hasta Judith Butler¹

Introducción

Gran parte de las producciones teóricas localizadas en la teoría feminista se han vertebrado a partir de las fuertes críticas hacia el valor que el Falo recibe como ordenador privilegiado y exclusivo del orden simbólico (Irigaray, 2007). Desde la década del '70 del s. XX y hasta la actualidad, el Falo ha constituido una referencia ineludible para muchas feministas en sus intentos de inaugurar nuevas categorías conceptuales que trastocan los modos patriarcales y falocéntricos de ordenar el campo social y, al mismo tiempo, conmuevan las modalidades de subjetivación que en su interior se despliegan.

El feminismo radical lésbico ha puntualizado con énfasis el lugar de sometimiento al que las mujeres son relegadas por los varones en el contexto de una cultura patriarcal. En este sentido, varias pensadoras del feminismo lésbico se han pronunciado en contra del Falo como organizador simbólico. De este modo, han objetado la hipertrofia del recurso al imaginario fálico para elaborar un simbolismo que utiliza tal imagen como modelo de poder y placer (Meler, 2013), y que es producto de la dominación social masculina (Bourdieu, 2010). Desde esa postura, los vínculos eróticos con varones se consideran como contradictorios con la persecución de objetivos feministas. En este contexto conceptual, Judith Butler irrumpe con nuevas formas de abordar la temática. Sus aportes teóricos imprimen un giro al modo en que se venían pensando el género y la sexualidad. Su pensamiento permite superar supuestos teóricos esencialistas que impiden incorporar la diversidad y la multiplicidad de presentaciones de género y sexuales en nuestros esquemas de pensamiento.

Este artículo se propone trazar un recorrido sobre algunos debates que giran en torno a la identidad lesbiana en un contexto social donde la heterosexualidad se impone como única opción válida. Dicho recorrido transcurre desde posturas del feminismo radical lésbico hasta los aportes del pensamiento de Judith Butler. Se toma como punto de partida, a modo de reseña, un debate sobre la 'heterosexualidad', que cabalga sobre las discusiones respecto al estatuto de

¹ El presente artículo retoma, amplía y re-contextualiza líneas argumentativas trazadas en otras publicaciones preliminares (Martínez, 2012a; 2012b).

los vínculos eróticos entre mujeres a la hora de pensar una fuga posible a la dominación propia del sistema patriarcal.

A partir de allí, en el primer apartado interesa develar los supuestos que subyacen a las categorías de ‘cuerpo’ e ‘identidad’, así como establecer vinculaciones entre estos supuestos y la dominación masculina. En el segundo, se señalan concepciones contrapuestas a partir del despliegue de dos líneas teóricas que han impactado en el feminismo: las ideas de Adrienne Rich (1980; 2009), por un lado, y Michel Foucault (2008a; 2008b), por otro lado. Luego, se introducen nociones de la filosofía de Judith Butler (2007; 2008). En el tercer apartado, se busca reflexionar sobre las consecuencias en dicho debate de comprender al género y a la sexualidad como ficciones de identidades permanentes e inmutables que se instalan mediante la repetición de normas culturales. En la misma línea, se esbozan algunas de las estrategias conceptuales de Judith Butler tendientes a refutar la idea del cuerpo como sede naturalizada del género y de la sexualidad (2008). Para ello, en el cuarto apartado, se hace especial referencia al modo en que los esquemas culturales de género capturan y comandan nuestra percepción del cuerpo, y de sus contornos. A modo de conclusión provisoria, se retorna al debate inicial para exponer las desventajas de anudar a determinados cuerpos biológicos características esenciales en relación con el género y la sexualidad, sobre todo si nos proponemos ampliar el espectro hacia otros posicionamientos que permitan pensar localizaciones subjetivas no capturadas en las restricciones de identidades fijas y monolíticas.

Un recorrido a tales debates se torna necesario para detectar supuestos y categorías que circulan, de modo no siempre explícito, y están en la base de los desarrollos teóricos contemporáneos al respecto. El tema es complejo y, por motivos de espacio, se han privilegiado algunos ejes en detrimento de otros. No se pretende abarcar de manera exhaustiva la temática planteada, más bien trazar líneas, una cartografía, a modo de una aproximación posible.

La (hetero)sexualidad en debate

En octubre de 1992, la revista *Feminism & Psychology* publicó un número especial dedicado a la heterosexualidad. La introducción editorial de tal volumen –bajo el título *Theorizing heterosexuality*– estuvo a cargo de Celia Kitzinger, Sue Wilkinson y Rachel Perkins (1992), académicas feministas británicas preocupadas por descentrar la heterosexualidad en tanto único patrón normativo naturalizado en la producción de conocimientos. Para las autoras, ni el feminismo ni la psicología, al menos en el grueso de sus teorizaciones, se han preocupado por situar a la heterosexualidad como un tema de análisis explícito. En este sentido, la

atención analítica siempre se ha focalizado en la homosexualidad en tanto lugar de emergencia de aquello desviado o torcido.

La relevancia de esta publicación radica en el carácter novedoso de la estrategia de las autoras: colocar en el centro del debate a la heterosexualidad. Las autoras se apoyan en el clásico artículo “Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence” de Adrienne Rich (1980), quien se muestra preocupada por los efectos del heterocentrismo no examinado en el feminismo. Específicamente, sacan provecho de la idea que vertebra el ensayo de Rich: la heterosexualidad de las mujeres no puede ser producto de una simple elección o preferencia, sino algo que es impuesto bajo coerción y mantenido por la fuerza, encubierto bajo la creencia subjetiva de ser heterosexual de forma libre e innata. La supresión de la existencia lesbiana bajo la pluma feminista, a criterio de Rich, no sólo es antilésbica, sino antifeminista, por lo tanto también distorsiona la experiencia de las mujeres heterosexuales. Se trata, en última instancia, de exhortar a las feministas, especialmente a aquellas heterosexuales, a que examinen la heterosexualidad como una institución política.

Resulta llamativa la presencia de expresiones provocadoras. Se denuncia que la literatura feminista reduce la producción de Rich a un homenaje rutinario a un texto clásico carente de sentido; por lo tanto, su potencialidad analítica es ignorada y la tiranía implacable de la heterosexualidad coercitiva continúa en el interior del feminismo. En esta línea, las autoras mencionan explícitamente la ironía presente en el hecho de que tres lesbianas (las editoras) generen el espacio que las feministas heterosexuales no han sido capaces de crear por sí mismas. Parece claro el llamado insistente y provocativo a recibir respuestas que reabran el debate.

Ahora bien, ¿qué significa ser una lesbiana para las editoras? Para ellas, aceptar la etiqueta de lesbiana, e identificarse con ella, supone un acto de auto-denominación con el que se afirma el compromiso ineludible, en tanto mujeres y lesbianas, de rechazar el orden heteropatriarcal. Claramente la identidad sexual es re-situada de un modo estratégico. Un acto colectivo de resignificación cuestiona la propia percepción de la identidad sexual en términos esencializados, para reinscribirla como una compleja construcción política que permite reivindicar, de manera conjunta, aquel rasgo identitario que el patriarcado ha enseñado a despreciar. A criterio de las autoras, la mayor parte de las feministas heterosexuales no han atravesado por tal actitud reflexiva que torna lo personal en político, de modo que para ellas la heterosexualidad que portan no constituye una identidad política de la forma en que sí lo es el lesbianismo para las feministas lesbianas.

Las producciones de gran parte de las académicas heterosexuales que publicaron en el *Special Issue* exponen posturas en contra de anudar las múltiples posibilidades dinámicas de las identidades a posiciones monolíticas –como por ejemplo, ‘heterosexual’ o ‘lesbiana’–. Shulamit Reinharz (1992) valora la idea

de continuum en detrimento de 'posiciones fijas'; Alison Young (1992) piensa la plasticidad de la identidad sexual a partir de la analogía con los colores de un espectro; Mary Gergen (1992) se niega a capturar la temática bajo los dilemas de oposiciones binarias; Nira Yuval-Davis (1992) destaca la innegable construcción social de la sexualidad y la presencia ineludible de deseos bisexuales; Mary Crawford (1992) señala el problema de las categorías en oposición, pues la categoría 'heterosexual' no puede existir sin la correspondiente categoría 'homosexual'; por otra parte, tal oposición oscurece las infinitas dimensiones en las que cada quien podría ubicarse como un ser sexual.

Sin embargo, las editoras, entre otras feministas lesbianas como Kadiatu Kanneh (1992), dejan deslizar que la simpatía por la multiplicidad y la fluidez por parte de feministas heterosexuales se debe al hecho de que, salvo en contadas ocasiones, la heterosexualidad no es una postura política asumida de manera deliberada. La vinculación entre el malestar que expresan las feministas heterosexuales y sus posiciones no examinadas parece clara a los ojos de las editoras. En ese contexto, en su mayoría, las feministas heterosexuales no aprecian la relevancia que la etiqueta de 'lesbiana' posee para quienes la utilizan. Es así que se inclinan por jugar con un continuo de categorías, lo cual, a criterio de las editoras, da cuenta de una comprensible expresión de deseo por parte de las feministas heterosexuales por liberarse de la miserable prisión de la identidad heterosexual no politizada, buscando la disolución de las categorías excluyentes y dicotómicas a favor de reconocer la diversidad individual y, al mismo tiempo, los lazos comunes entre todas las mujeres.

Las editoras destacan el abismo que separa la identidad feminista lesbiana de las identidades feministas heterosexuales. A pesar de que es indiscutible que muchas mujeres heterosexuales se han incorporado a las filas del feminismo mediante una toma de conciencia de las desventajas del sistema patriarcal, muchas otras mujeres son feministas como resultado directo de su lesbianismo, levantándose contra la opresión heteropatriarcal. La diferencia radica, a criterio de las editoras, en que el lesbianismo constituye una elección deliberada que armoniza con la política feminista. Si bien existe una extensa literatura que analiza la importancia del lesbianismo en el logro de los objetivos feministas, no hay escritos teóricos que justifiquen la compatibilidad entre la heterosexualidad y el cumplimiento de tales objetivos. Ahora bien, ¿es la elección sexual un acto que guarda tal grado de voluntarismo o autonomía como para generar un patrón de medida del compromiso político en relación con determinados objetivos?

Para las feministas lesbianas las cosas parecen ser diferentes. Autodenominarse como lesbiana supone realizar una declaración política que no necesariamente niega la fluidez, el cambio o las contradicciones a lo largo de la vida. Las editoras no dudan en afirmar que los términos 'heterosexual' y 'lesbiana' no son simétricos,

pues las consecuencias de aceptarse de una u otra forma son diferentes. Hay etiquetas más seguras y menos controvertidas: pertenecer a un grupo dominante no supone las mismas exigencias que pertenecer a un grupo oprimido, el cual necesita ser reivindicado de manera continua. Por ello, 'heterosexual' y 'lesbiana' no son los extremos opuestos de un continuum, no pertenecen al mismo espacio conceptual. Las feministas lesbianas disponen de un conjunto de significados explícitamente políticos. El hecho de incluir la categoría de 'Lesbiana' dentro de la categoría de 'Mujer', sin un meticuloso análisis político de la heterosexualidad, es una ilusión tan destructiva como incluir la categoría de 'Mujer' dentro de la categoría de 'Hombre'. Las editoras sugieren, entonces, la necesidad de una inminente politización de la categoría 'heterosexual', objetivo del *Special Issue*.

En estos términos, una mujer que porta una identidad heterosexual (re) produce las diferencias de género que la heterosexualidad requiere, contribuye a su propia opresión y mantiene inalterable la diferencia de poder entre las mujeres heterosexuales y los varones. Tal como afirman Carol Nagy Jacklin (1992) y Halla Beloff (1992), la heterosexualidad es un privilegio frente a otras formas de sexualidad, puesto que reciben continuamente la recompensa en forma de migajas que, a cuenta gotas, otorgan los opresores. Esto explica, desde este punto de mira, la falta de crítica en torno a la heterosexualidad, pues resulta muy raro, desde tal perspectiva, que las mujeres heterosexuales exploren su propia participación en la propagación de la supremacía masculina, como destacan las editoras. El poder no sólo oprime lesbianas sino que también construye activamente a la mujer en tanto que heterosexual. Varias pensadoras sostienen que ser lesbiana implica alejarse de la categoría 'Mujer'. Por ejemplo, Monique Wittig (2005), en su controvertida afirmación 'las lesbianas no son mujeres', cuestiona la heterosexualidad en tanto institución. Ahora bien, a partir del hecho de portar una identidad sexual lesbiana, ¿se sigue de suyo la posibilidad de escapar a los circuitos heterosexuales de pensamiento, sólo por nombrarlo en los mismo términos que Wittig?

Múltiples pensadoras han destacado que durante el despliegue de la segunda ola del feminismo se invisibilizó el hecho de que parte de sus integrantes no sólo eran mujeres, sino también lesbianas. De modo inevitable, la dimensión de la diferencia se gesta e irrumpe al interior mismo del movimiento e instala una paradoja difícil de resolver. La emergencia de una sexualidad no hegemónica como núcleo identitario emergente plantea una subdivisión, de modo tal que el hecho de ser mujer, sometido a debate décadas más tarde, es puesto en tensión con la identidad sexual. La paradoja radica en que se conforma simultáneamente continuidad y discontinuidad entre las integrantes del movimiento, según el núcleo identitario que se priorice. En este sentido, no es posible para el feminismo expulsar la diferencia sin atacarse a sí mismo en tal operación.

En esa línea, varias pensadoras han enfatizado la idea de *continuum* como modelo que permita reconocer las conexiones entre lesbianas y heterosexuales, lo que garantizaría el reconocimiento de las lesbianas dentro del feminismo. Tampoco faltan quienes priorizan las *diferencias* como única vía para visibilizar la existencia lesbiana. Por otra parte, es posible complejizar aún más la cuestión. Tal como señalan las editoras, dependiendo de posiciones políticas al respecto, tanto la ‘inclusión’, que cabalga sobre la opción de priorizar la igualdad, como la ‘exclusión’ de cara al énfasis de las diferencias, pueden servir para borrar al lesbianismo del feminismo y reforzar la institución de la heterosexualidad obligatoria. Las editoras afirman que las lesbianas pueden adquirir legítima visibilidad dentro del feminismo sólo cuando la institución de la heterosexualidad obligatoria se someta a análisis político.

El artículo de Denise Thompson (1992) –*Against the dividing of woman: lesbian feminism and heterosexuality*– incluido en el *Special Issue* resultó, junto con la introducción editorial, controvertido. A diferencia de las editoras, Thompson aboga a favor de la existencia de un *continuum* de intereses y experiencias, entre lesbianas y heterosexuales, por el sólo hecho de ‘ser mujer’. A su criterio, el lesbianismo no es sólo la ‘preferencia sexual’ de una ‘minoría’; el feminismo debe definir el significado de ser una lesbiana dado que, según la autora, ello implica una redefinición de lo que es ‘ser una mujer’.

A partir de las ideas de Adrienne Rich (1980) y Janice Raymond (1986), Thompson continúa con el interés por oponerse a la supremacía masculina, y enfatiza la continuidad de toda mujer al interior del feminismo. La clave de ello es el lesbianismo, pues permite que una mujer pueda amar a otra mujer en un vínculo en el que es posible reconocer a otra mujer, y a sí misma, como individuo humano no carente de nada. Por lo tanto, la autora no puede dejar de enfatizar la crucial importancia para el feminismo de la existencia del lesbianismo político, que toma cuerpo en aquellas mujeres capaces de retirarse de los circuitos del sistema heterosexual, que mantiene a los varones como modelo de lo humano y a las mujeres como sus auxiliares.

Thompson destaca que el lesbianismo no es sólo deseo y/o actividad sexual genital de una mujer con otra mujer, sino también una redefinición de las mujeres desde sí mismas. En un mundo heteropatriarcal, el lesbianismo nunca es sencillamente algo en lo que una mujer se convierte por casualidad. Si el análisis discurre por los significados de la heterosexualidad y el lesbianismo como categorías políticas en virtud del patriarcado, ¿es la identidad sexual reductible a las innegables coordenadas políticas que subyacen a ella? Thompson menciona que la oposición entre ‘político’ y ‘erótico’ es insostenible en términos feministas. Si bien es cierto que, desde el inicio, el feminismo ha señalado la naturaleza política de lo erótico, tal afirmación no agota la complejidad de la cuestión.

Thompson acentúa el modo en que mujeres heterosexuales, en el calor de las luchas reivindicativas propias del feminismo de la segunda ola, optaron por ser lesbianas. Muchas mujeres que solían ser heterosexuales cambiaron su orientación sexual, pusieron en marcha activa y conscientemente un deseo lésbico. Y lo que resulta aún más interesante del relato de Thompson: algunas feministas heterosexuales militantes de la segunda ola decidieron mantener una política feminista radical; consecuentemente, reconocen la dominación masculina como enemigo principal y deciden amar a otras mujeres como un compromiso feminista nuclear, a pesar de su deseo heterosexual. ¿Es posible abandonar una identidad sexual erótica a cambio de una identidad sexual política? ¿Pueden los objetivos políticos de un grupo de pertenencia impactar de modo tal que haga virar la dirección del deseo? ¿Existe una realidad erótica, pre-discursiva, en la cual se inscribe la identidad sexual más allá de los discursos sociales o políticos?

Tal como se ha señalado, Thompson destaca la idea de *continuum*. Para la autora, las categorías ‘mujer’, ‘lesbiana’ y ‘heterosexual’ no son excluyentes entre sí. Desde su punto de vista, las lesbianas, aunque nunca hayan sido heterosexuales, no pueden escapar a la hegemonía heterosexual que impregna toda la cultura, que exhibe y promueve incesantemente sus valores como la única realidad. Por otra parte, las mujeres heterosexuales pueden reconocer la familiaridad del lesbianismo, pues las mujeres heterosexuales saben lo que es amar a mujeres a través de la amistad, las redes de apoyo, la sororidad, la solidaridad, incluso por las experiencias en el vínculo con su madre (Chodorow, 1978; Benjamin, 1996; 1997).

Como fuere, a criterio de Thompson, la creación de las categorías ‘lesbiana’ y ‘heterosexual’, dicotómicamente organizadas, sostienen y fortalecen al patriarcado. A su criterio, el machismo falsifica la existencia femenina definiendo las mujeres sólo en relación a los varones. Es en ese sentido que la hegemonía masculina no puede aportar inteligibilidad a aquellas mujeres que no necesitan de los varones. La heterosexualidad es impuesta a las mujeres, quienes son sometidas, mediante una amplia gama de violencias, y privadas de otras alternativas legítimas. A pesar de que la imposición del deseo heterosexual rompe vínculos eróticos entre mujeres, para la autora es posible sortear la designación heterosexual, que las mujeres puedan amarse y reconocerse entre sí independientemente de los modos en que el patriarcado defina esos vínculos.

Las respuestas tanto a la introducción editorial de Kitzinger, Wilkinson y Perkins como al artículo de Thompson incluido en el *Special Issue* no tardaron en aparecer. Wendy Hollway (1993) publica una respuesta –*Theorizing heterosexuality: a response*– en el mismo *Journal*. En su artículo critica los supuestos que entretejen el *Special Issue* sobre heterosexualidad y propone un enfoque teórico diferente, a partir de sus propias experiencias como mujer heterosexual. Hollway no cuestiona

la importancia histórica que han tenido las críticas hacia la heterosexualidad realizadas por feministas radicales, pues abrieron paso a desenmascarar la jerarquía de poder intrínseca a las relaciones heterosexuales. Aun así, la autora observa el modo en que el discurso feminista radical construye discursivamente el sexo heterosexual en términos de relaciones de poder opresivas unidireccionales. También detecta la homologación, más o menos sutil, de las mujeres heterosexuales con el deseo de ser dominadas.

A partir de allí, Hollway intenta instalar, en una mayor complejidad, las relaciones entre las categorías de poder y género, así como los efectos del deseo y la significación en la sexualidad, inscribiendo estas problemáticas feministas en un plano psicológico. En primer lugar, los trabajos de las feministas heterosexuales que el grupo editorial decide publicar no abordan las cuestiones del deseo, el placer y la satisfacción sexual en una variedad que vaya más allá de la 'miseria heterosexual'. En segundo lugar, la ausencia de un abordaje psicodinámico de la sexualidad desemboca en una inadecuada conceptualización de poder y significación en las prácticas sexuales. Para Hollway, las relaciones de poder se basan en lo que el sexo significa. Los significados del sexo son múltiples. Para la autora, el feminismo no debe reproducir el supuesto que el poder del varón –dentro o fuera del sexo– es monolítico. El sexo heterosexual es un espacio contradictorio del cual el feminismo debiera sacar provecho a través de la producción de explicaciones alternativas de la sexualidad de los varones que no colabore con los supuestos sexistas que giran en torno al poder incuestionable del falo/pene.

El problema pareciera reducirse a la institución de la penetración del pene, junto a sus significados políticos y culturales, bajo el régimen del heteropatriarcado. La introducción editorial, al igual que los artículos de Jenny Kitzinger (1992) y Patricia Duncker (1992), manejan un análisis del poder y del pene, como su significante princeps, como monolítico y unidireccional. El único significado susceptible de adherirse al pene es aquel que lo confina a la penetración en el sentido de una intromisión no deseada, en forma de violación. La teoría intersubjetiva de Jessica Benjamin (1996) constituye un referente implícito que vertebra las ideas de Hollway. A partir de allí, Hollway afirma la posibilidad de establecer un vínculo de seguridad, confianza y amor en la relación con un varón, signado por la 'mutualidad'. En tal caso, el pene puede adquirir otros significados, menos invasivos. Para Hollway, un vínculo en el que sus integrantes se constituyen como sujetos iguales puede romper la separación del otro, simbolizada por la separación de los cuerpos, y tal ruptura puede permitir la expresión y gratificación de los deseos infantiles tempranos de conexión.

Lejos de situar el afluyente de los significados de la sexualidad en un heteropatriarcado delimitado de forma monolítica, Hollway prioriza la historia

individual a través de las relaciones sociales y emocionales que son poderosamente expresadas en el sexo. La profunda necesidad de amparo y protección en la infancia es una experiencia que trasciende la división de género. En ese sentido, también los varones encuentran sostén en el vínculo sexual con una mujer. La intimidad lograda en la reciprocidad y simetría de un vínculo es posible al interior de la heterosexualidad; en tanto, tal relación puede configurar un lugar que reúne las condiciones a través de las cuales cada integrante de la pareja puede hallar en el otro seguridad y protección contra un mundo lleno de desafíos. Mundo que amenaza tanto a varones como a mujeres desde los primeros tiempos de su constitución subjetiva.

Hollway no se piensa a sí misma subsumida o enquistada bajo la voluntad de un varón, a modo de un objeto frágil al que deben dedicarle protección continua. Tal modo de significar su propia experiencia como mujer le permite afirmar que no existe una desigualdad real en las posiciones emocionales, tampoco una división esencial de la vulnerabilidad y la protección diferencial para cada uno de los géneros. Por el contrario, hay mutualidad en la vulnerabilidad y en la protección. Todo parece indicar que, para Hollway, se trata de combinar la reactualización de historias infantiles, edípicas, casi a modo de una complementariedad feliz entre dos elecciones anaclíticas de objeto (Freud, 1979 [1914]), donde él es un padre protector y ella una madre nutricia. La unidad es de una perfección tal que ni siquiera las inequidades de género encuentran su lugar. Para Hollway, las significaciones que entretejen una relación son exclusivas de cada relación, homosexual o heterosexual.

De este modo, Hollway entiende que los significados, potencialmente simétricos, que atraviesan las fronteras individuales y mitigan la soledad, no son patrimonio privilegiado del lesbianismo. El hecho de que las feministas lesbianas radicales construyan la sexualidad en clave lesbiana –libre de opresiones e incluso por fuera de las relaciones de poder– como contrapunto de la crítica hacia la heterosexualidad opaca, para esta autora, la complejidad de sus propias relaciones. Para Hollway, mutualidad y reciprocidad no significan ausencia de relaciones de poder; aun así, el sexo heterosexual no significa inevitablemente una relación entre opresor y oprimida, y la significación invasiva del pene como representante metonímico de la totalidad del varón no tiene por qué elevarse al estatus de verdad universal. El heteropatriarcado, afirma Hollway, es una constelación múltiple y contradictoria, de modo que no se debe perder de vista que existen relaciones entre dos sujetos que no necesitan proyectar su debilidad, partes rechazadas o idealizadas, en el otro. El análisis feminista radical, a criterio de Hollway, pierde de vista que al interior de esta constelación hay espacios en los que parejas heterosexuales pueden acceder a la mutualidad e intersubjetividad. De aquí, la autora deriva una posible noción de amor que permanece ausente, al menos en estos términos, en los discursos

feministas radicales en cuestión, que, a su criterio, se reducen a la irracionalidad política de una fantasía romántica heterosexista que no hace más que perjudicar a mujeres feministas, sean heterosexuales o lesbianas.

Hollway acusa al feminismo radical de caracterizar al pene por sus connotaciones invasivas en términos de verdad universal. Otorgar tal estatuto de verdad universal al blanco al que se dirigen las luchas ¿significa inventarse un enemigo imposible de derribar? ¿Las feministas, entonces, se proponen a sí mismas el juego infinito de cambiar lo imposible? ¿El discurso feminista no refiere a la universalidad del pene de modo tal que implica que la significación que este órgano sexual recibe estaría coagulada, por siempre, por fuera del alcance de las transformaciones sociales? ¿O más bien esta postura puede referirse a la función específica y a la significación que el pene recibe al interior de la cultura falocéntrica?

Sea como fuere, el debate es complejo, aglutina múltiples niveles de análisis que aumentan el espesor conceptual de las diferentes posturas y tornan laberínticas las múltiples líneas argumentativas expuestas. Los posicionamientos ocultan filiaciones teóricas y la adherencia a supuestos diferenciales que rompen la posibilidad de un diálogo. El objetivo no es resolver la tensión, sino presentar una línea teórica que nos permita avanzar hacia otra perspectiva.

Enfoques acerca de la sexualidad: Adrienne Rich y Michel Foucault

Tanto *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana*, de Adrienne Rich (1980) como *Historia de la sexualidad*, de Michel Foucault (2008b [1976]), constituyen textos ineludibles para el estudio de las sexualidades. Ambos se han ubicado como hitos de líneas genealógicas a las que generaciones posteriores de intelectuales han echado mano. Sus publicaciones emergieron en la misma época, aunque en continentes diferentes. Aunque parten de marcos teóricos referenciales disímiles, intentan delimitar una misma problemática: ambos argumentan que las identidades sexuales, y la sexualidad misma, se construyen social, histórica y culturalmente. Incluso enfatizan, aunque desde enfoques diferentes, la existencia de relaciones de poder más amplias. Como fuere, a pesar de las enormes diferencias de sus obras, y de que nunca establecieron diálogos entre ellos, resulta al menos intelectualmente estimulante deslindar las trayectorias diferenciales que se han desplegado a partir de los dos textos pioneros señalados a la hora de pensar el tema de la sexualidad y sus capturas normativas.

Michel Foucault y Adrienne Rich, no sólo pensaron y escribieron en torno a la sexualidad a partir de trayectorias intelectuales y políticos diferentes, sino que se dirigieron a públicos diferentes, expresaron diferentes proyectos, por lo que las

condiciones para la recepción de cada una de las obras fueron, también, diferentes. Rich ya era conocida como poeta y ensayista, se mantuvo comprometida con la lucha política del feminismo. En ese momento, Foucault era conocido como filósofo. Tales diferencias delinearón perspectivas y estilos diversos a la hora de abordar un mismo problema central. Adrienne Rich se preocupa por demostrar que la heterosexualidad no era natural, sino una institución política que oprime y sofoca la existencia lesbiana (Rich, 1980; 2009). Michel Foucault, por su parte, imprime un giro al modo en que se solía pensar la sexualidad hasta ese momento. Desde su punto de vista, las prohibiciones y restricciones que reprimen el sexo se entraman con mecanismos que producen positivamente sujetos y cuerpos disciplinados, en el marco de un sistema institucional de discursos y de prácticas en torno a la sexualidad. Foucault (2008a [1975]; 2008b [1976]) introduce un concepto de poder que no sólo opera por la vía de la negatividad, en términos de exclusión, impedimento, prohibición, opresión. El poder, por el contrario, constituye un principio productivo, una positividad, al tiempo que se distribuye como un juego de relaciones de fuerzas que cubre todo el campo social, se trata de una red de tejidos móviles de predominio y subordinación.

Todos los discursos que denuncian la represión de un sexo legítimo o verdadero son cuestionados por Foucault (2008b [1976]). Al enfatizar los vínculos privilegiados entre poder y sexo, el autor demuestra convincentemente el modo en que aquellas identidades sexuales a las que se suele apelar como vía para la liberación de un sistema opresivo están integradas al mismo régimen de política sexual denunciado. Las funciones de la represión configuran tácticas de una estrategia de poder que se ejerce sobre el sexo y los cuerpos. Desde la perspectiva de Foucault, la categoría 'lesbiana' no serían un conjunto de placeres sexuales que entretejen esencialmente una identidad, como se podría pensar desde el punto de vista de Adrienne Rich, sino, más bien, el resultado de la producción de un sitio dentro de las taxonomías subsidiarias al dispositivo de la sexualidad, vigente en las sociedades modernas a partir del siglo XVII (Foucault, 2008b [1976]).

Las décadas posteriores a la publicación de ambos textos atestiguan el modo en que Foucault ha sido utilizado como marco de referencia en mayor medida que Rich. Como puede observarse en la literatura especializada sobre el tema, se recogen más citas de la obra de Foucault. Investigadores que se inscriben en la tradición de los estudios culturales o dentro de la teoría *queer*, incluso en aquellos trabajos donde la heterosexualidad se instala como categoría central, las referencias al ensayo de Adrienne Rich son menos frecuentes que la producción de

Foucault.² El atractivo que encierra el pensamiento de Foucault seguramente se debe al carácter paradójico de sus planteos. Sus formulaciones permiten pensar cómo el sujeto, a través de las identidades que porta y, al mismo tiempo, lo sujetan a las normas, se constituye en el interior de estructuras sociales políticamente saturadas. Por el contrario, Adrienne Rich (1980) sugiere la existencia de un sujeto esencialmente definido, preexistente, que sólo secundariamente es cooptado y oprimido por la estructura social.

La perspectiva de Adrienne Rich ha abogado a favor de toda una línea de pensamiento. Como es sabido, durante los años '70 del s. XX el feminismo lésbico emerge desde el movimiento de liberación de la mujer. *La mujer identificada con mujeres* (2009), uno de los textos más representativos de este sector escrito por las *Radicalesbians*, propone atacar la estructura heterosexual como una estrategia radical para destruir los vínculos alienantes que atan a las mujeres en relaciones de subordinación. El texto insta a la auto-identificación como lesbianas enfatizando el sentido político más que sexual. La identificación con otras mujeres es presentada como un posible punto de fuga del ordenamiento social que los roles reciben en base al sexo. Frente a tal amenaza, de lo que Gayle Rubin (1975) ha dado en llamar *Sistema sexo/género*, la etiqueta *lesbiana* funciona como una categoría totalizadora que captura a aquellas mujeres que deciden sobrepasar los límites asignados de su rol sexual.

Es en ese contexto que la propuesta refiere a lograr el despojo de las definiciones, incluso de los modelos de reacción definidos por los varones para evitar propagar el sistema de clasificación masculino, a partir del cual se define a las mujeres en términos de objeto de posesión e intercambio. Para las *Radicalesbians*, el lesbianismo implica quedar por fuera de tales definiciones, pues una lesbiana es una mujer que no pertenece a ningún varón. Tal exclusión supone la acumulación de auto-odio, sentimiento que recorre todas las páginas del escrito, e incluso integra la definición misma de lo que el grupo entiende por una lesbiana, definida como "... la rabia de todas las mujeres, condensada y a punto de *estallar*..." (Radicalesbians, 2009:75). La línea argumentativa que vertebra esta definición refiere a que la cultura masculina envenena la existencia femenina, genera un sentimiento de vacío, alienación de sí misma y de sus propias necesidades, al mismo tiempo que rompe las posibilidades identificatorias entre mujeres, de modo

² Atestiguan el valor preponderante que el pensamiento de Michel Foucault adquiere en la estructura de la teoría queer las siguientes producciones académicas: Bersani (1998), Giordano & Graham (2000), Sáez (2004), Halperin (2007), López Penedo (2008), Pérez Navarro (2008), Soley-Beltran (2009), Sáez & Carrascosa (2011), Kirby (2011), Weeks (2012), Di Segni (2013), Preciado (2011; 2014), sólo por nombrar algunas.

tal que las mujeres se tornan extrañas entre sí. En efecto,

... las mujeres se odian tanto a sí mismas como odian a otras mujeres. Intentan escapar identificándose con el opresor, viviendo a través de él, ganando estatus de identidad de su ego, su poder, sus logros. Y al no identificarse con otras 'vasijas vacías' como ellas mismas, las mujeres se resisten a relacionarse en todos los niveles con otras mujeres que reflejarán su propia opresión, su propia condición secundaria, su propio auto-odio (...) en ese espejo sabemos que no podemos amar y respetar verdaderamente aquello que nos hemos visto obligadas a ser (Radicalesbians 2009:80-81).

Frente al auto-odio que entreteje la identidad que los varones imponen a las mujeres, surge la necesidad de construir lazos entre mujeres, en un sentido político. A través de estos anudamientos identificatorios, entonces, surge la posibilidad generar nuevos significados desarrollados en función de referencias mutuas. El lesbianismo se presenta como una ocasión privilegiada para reforzar y validar las *auténticas identidades* de las mujeres.

Varias pensadoras se enfilan en esta tradición. Como ya hemos mencionado, Denise Thompson (1992) señala que, en el marco de culturas patriarcales, la sexualidad se organiza de modo falocéntrico. Bajo esta óptica, las mujeres son subordinadas, ya que la sexualidad femenina no es pensada sino como complemento de la satisfacción del varón. La supremacía masculina que plantea Thompson no sólo expone claramente la forma en que las mujeres son relegadas al plano de los objetos; también señala las articulaciones entre el falocentrismo y la heterosexualidad. La autora, al tiempo que se muestra en contra de la heterosexualidad en tanto institución política, propone el fortalecimiento de los vínculos eróticos entre las mujeres como acto político de combatir la heterosexualidad compulsiva y obligatoria (Rich, 1980). Tal como afirma Thompson, todas las mujeres tienen, o deberían tener, el objetivo común de liberarse de la supremacía masculina. Es, en ese sentido, que adhiere a la idea de *continuum* lésbico de Adrienne Rich.

En el pensamiento de Thompson, el lesbianismo constituye una forma de liberación del sistema (hetero)sexual falocéntrico que inscribe a las mujeres como receptáculos adecuados del deseo de los varones. Monique Wittig (2005) también localiza en la figura de la lesbiana un modo posible de oposición y repudio a las identidades delineadas por el sistema patriarcal. Sin embargo, las propuestas de ambas son radicalmente diferentes. Wittig, a diferencia de Denise Thompson, sospecha de la categoría misma de 'Mujer' ya que, a su criterio, no es más que un constructo artificial, ideológico, de un sistema de género dominado por los varones. La 'Mujer', en tanto concepto, mantiene inscripta una marca falocéntrica, pues está cargada de proyecciones y expectativas que provienen del imaginario

masculino, por lo que resulta una categoría poco confiable, desde el punto de vista epistemológico, y sospechosa, desde el punto de vista político (Braidotti, 2000). La autora repudia de manera radical al esencialismo que está en la base de la noción de mujer entendida desde un modelo de heterosexualidad reproductora.

Por otra parte, Monique Wittig propone a las feministas desechar el concepto mistificador de 'Mujer', para remplazarlo por otra categoría mucho más polémica y subversiva: la 'Lesbiana'. La autora afirma que la lesbiana no es una mujer, pues representa una forma de conciencia política que rechaza las definiciones de mujer forjadas por los varones. Además, centrarse en la categoría de 'Lesbiana' pone en tela de juicio el sistema de género con su dicotomía sexual convenientemente organizada en el marco social de la heterosexualidad obligatoria.

Desde otra perspectiva que denuncia el sesgo esencialista que entreteje la idea de una identidad lesbiana liberadora, Lynne Segal (1997) se ha expresado en contra de la perspectiva con que Kitzinger, Wilkinson y Perkins (1992) enfocan el tema. Desde una perspectiva que articula la mirada psicoanalítica con los debates desplegados en el interior de los estudios culturales, la autora no niega el carácter institucional de la 'heterosexualidad', tampoco su relación problemática con las políticas feministas; más bien rescata la complejidad intrínseca a los procesos de subjetivación, a partir de los cuales tanto mujeres como varones se constituyen en una heterogeneidad experiencial que excede ampliamente la identidad en términos políticos. Si bien Segal reconoce los modos en que los discursos y las prácticas opresivas, que delimitan la masculinidad hegemónica y dominante, son conjugados con la iconografía y la regulación de la sexualidad como heterosexualidad normativa, a su criterio el falocentrismo simbólico, las fantasías sexuales y los (des)encuentros entre los sexos mantienen vinculaciones precarias, por lo que no constituyen elementos factibles de ser ordenados linealmente en pos de identidades rígidas. En última instancia, la autora se opone firmemente a los intentos de Kitzinger por pensar la sexualidad en términos de identidad política.

Lynne Segal (1994) enfatiza las formas en que las categorías identitarias son instrumentadas por regímenes reguladores, ya sea como categorías normalizadoras que sostienen estructuras opresivas, o como categorías utilizadas como puntos de encuentro para una impugnación liberadora de esa misma opresión, perspectiva que vincula a la autora a partir de lazos de filiación teórica con Michel Foucault (2008a [1975]; 2008b [1976]) y Judith Butler (2007; 2008). A criterio de Segal, cuestionar el hecho de que las mujeres puedan disfrutar sexualmente con varones nos conduce a una errónea teorización feminista sobre la sexualidad, y a una comprensión pobre sobre la opresión de las mujeres que hace incompatible, para las mujeres, la búsqueda del placer heterosexual con la búsqueda de la igualdad de género.

Kitzinger, Wilkinson y Perkins sitúan al lesbianismo como la única práctica

sexual que aleja a las mujeres de su opresión, en sus palabras: “Afirmar nuestro lesbianismo es un acto feminista liberador. Cuando decimos que somos lesbianas (...) hacemos una declaración política” (Kitzinger, Wilkinson & Perkins 1992:229-300). Para las autoras el término ‘heterosexual’ es, en el mejor de los casos, un embarazoso complemento del término ‘feminista’; en el peor de los casos, parece una contradicción en los términos. En este contexto, Segal (1994) señala la imposibilidad de dar crédito al carácter absurdo de cualquier análisis de las orientaciones sexuales que parta de los supuestos que sostienen tal premisa. Por otra parte, remarca la contradicción que supone el modo en que, a partir de la manipulación de los efectos que provoca la sexualidad, las autoras siembran desaprobarción, hostilidad, culpa y ansiedad al interior del escenario feminista al que ellas adscriben.

Sin dudas la complejidad intrínseca al dominio de lo sexual brinda un campo fértil a los debates. Como ha afirmado Michel Foucault (2008b [1976]), el lugar vertebrador de la sexualidad en la cultura occidental moderna, inscrita en los dominios de la individualidad y la naturaleza, explica el despliegue apasionado y con intensas contradicciones de los debates en torno al sexo.

Desde la propuesta del feminismo lésbico radical, la ‘sexualidad’ constituye la fuente de opresión de las feministas heterosexuales, siendo ellas mismas quienes, al no politizar sus identidades sexuales, fabrican la miseria que sostiene sus frustraciones personales. Optar por la identidad lesbiana, en términos políticos, conduciría a las feministas por otra vía: entender la sexualidad lesbiana como una vía de escape de los discursos normativos. Politizar la identidad sexual sugiere que la totalidad de la vida erótica es susceptible de ser colonizada bajo la dimensión política, por lo que asumir políticamente una identidad lesbiana impacta, de acuerdo al feminismo lésbico radical, en la proliferación de experiencias corporales no codificadas de modo falocéntrico.

Segal (1994) no está dispuesta a reconocer la existencia de tales experiencias, por lo que, a su criterio, el combate frente al patriarcado que abraza las desigualdades de género no debe librarse en clave lesbiana, tal como propone de manera explícita o subyacente Luce Irigaray (2007) en su obra “*Spéculum de l'autre femme*”. La influencia de Judith Butler (2007) y Michel Foucault (2008b) en el pensamiento Segal la conduce a abordar la cuestión por la vía de estrategias tales como la rearticulación y la resignificación a partir de los términos con los que contamos para pensarnos, entendernos, describirnos y relacionarnos. Si bien en algún sentido el lenguaje nos entrapa, también se presenta como una totalidad fallida que no nos determina absolutamente y no nos priva de apelar a recursos subjetivos para intentar reinscribirnos.

La propuesta de Kitzinger, Wilkinson y Perkins (1992) se encuentra en sintonía

con la escritura propia del feminismo de Catherine MacKinnon (1987), para quien “el feminismo es una teoría del modo en que la erotización de la dominación y la sumisión crean género, crean mujer y varón en la forma social en que los conocemos” (MacKinnon, 1987:50). Tal perspectiva, como ha señalado Wendy Brown (1995), refleja una forma de fantasía masculina híper-pornográfica que trata a las mujeres como sinónimos de su sexualidad. Todo parece indicar que un análisis simplificado de la sexualidad, entendida en términos políticos, no puede constituir el único eje para el análisis de las causas de la subordinación de las mujeres en la sociedad patriarcal. No deben perderse de vista las multifacéticas estructuras políticas, sociales y discursivas que entretejen las jerarquías de género.

Segal (1994) reconoce que uno de los motivos que produjo el despliegue de la segunda ola del feminismo a finales de los años '60 fue la movilización alrededor de los conflictos y desencuentros sexuales con varones. Sin embargo, constituye un craso error anudar la idea de una relación necesaria entre una elección sexual ‘lesbiana’ o ‘heterosexual’ y la consecución de los objetivos feministas. En aquel momento, tal como señala la autora, muchas mujeres optaron por rechazar totalmente la etiqueta ‘heterosexual’. Tal vez porque el encuentro del feminismo norteamericano con Michel Foucault no se produjo hasta los años 1980 (Butler, 1999), nadie se preguntó si tratar a las prácticas sexuales únicamente como una forma de ‘identidad’ política, susceptible de ser intercambiada, lejos de ser algún tipo de liberación o de resistencia más bien constituía un modo de opresión.

Segal no está a favor de sostener los supuestos de una ‘heterosexualidad’ instalada como innata o natural que, como ha demostrado Butler (2007; 2010), se vuelve heterosexismo para todos aquellos a quienes excluye y oprime. A partir de aquí, cualquier teorización en relación con las prácticas sexuales que reafirme categorías de identidad, que tienen sus orígenes en la patologización, inferiorización y exclusión, se torna inadmisibles. Es amplia la literatura que se ha dedicado a trazar la genealogía de la sexualidad moderna para detectar la violencia que se oculta detrás de sus categorías, al mismo tiempo que demuestran que invertir un sistema binario, y cambiar los valores inscriptos en él, no sólo no hace nada para socavarlo, sino todo lo contrario.

Como es sabido, las concepciones de género propias de la cultura occidental se encuentran configuradas por un conjunto de binarios concebidos jerárquicamente. Es necesario trabajar para desbaratar y resignificar los efectos, simbólicos y materiales, de estas ecuaciones opresivas que fomentan los códigos falocéntricos de coerción sexual. En este sentido, afirmar que las experiencias y los comportamientos, de mujeres y varones, nunca escapan a los códigos falocéntricos es tan correcto como afirmar que nuestras experiencias y comportamientos sexuales siempre fallan en asegurar tales códigos. Eve Sedgwick sugiere que para

trastocar las categorías sexuales y de género que resultan opresivas es necesario fomentar “nuestra capacidad para llegar a una comprensión de la sexualidad que aceptará una cierta irreductibilidad en ella a los términos y relaciones de género” (Sedgwick 1991:16).

Es necesario distinguir algunas cuestiones fundamentales. Por un lado, analizar donde se localiza la fuente del problema: o bien la opresión y la violencia hacia las mujeres se encuentra inscrita en la esencia de los varones concretos, o bien es necesario centrar el análisis en las nociones dominantes de ‘masculinidad’ que moldean el comportamiento masculino aceptable, y en las nociones dominantes de ‘feminidad’ que moldean el comportamiento femenino aceptable. Es sabido que ambos sexos cooperan en la reafirmación de códigos patriarcales. Por otro lado, hay que diferenciar las prácticas sexuales que podrían denominarse como heterosexuales de la ‘heteronorma’ como constitutiva de identidades. En sintonía con estas distinciones, Segal (1994) insiste en afirmar que no hay ningún ajuste necesario entre masculinidad, actividad y deseo, así como tampoco lo hay entre feminidad, pasividad y receptividad sexual, sea cual fuere la orientación sexual. Del mismo modo, insiste en afirmar que no hay ninguna relación entre la experiencia sexual de placer o de dolor, con o sin varones, con la válida persecución de los objetivos feministas.

El giro butleriano en torno a la sexualidad

A pesar del fuerte impacto que la obra de Michel Foucault tiene en los estudios sobre las sexualidades, la marca de la argumentación de Rich permanece presente como un hito en la producción intelectual de las últimas décadas de escritura lésbica, en el desarrollo de la teoría *queer*, y en los escritos feministas. Es posible detectar las marcas de Rich en el pensamiento de Judith Butler, académica que ha emergido como una de las autoras más influyentes en los estudios de las sexualidades.

A pesar de su localización teórica en la línea de Michel Foucault (2008b [1976]), Judith Butler (2007; 2008) se ha encargado de profundizar la idea de Adrienne Rich (1980), con un cambio de perspectiva, en relación con la existencia de una heterosexualidad obligatoria y compulsiva. Para Butler (2010), la heterosexualidad obligatoria y los mecanismos a partir de los cuales el sujeto, al mismo tiempo que se constituye como tal, asume la pertenencia a uno de los géneros, se encuentran anudados. Tal asunción vincula la constitución subjetiva con aquellos procesos que tornan un ser humano inteligible en la cultura desde el momento en que, inevitablemente, pertenece a un género y adopta una elección sexual, adecuándose a los modos de sexuación socialmente instaurados. Tal es así que cualquier

presentación de género o identidad sexual que cae por fuera de la norma se torna abyecta o ininteligible, esto es, culturalmente ilegible.

Para Butler, la práctica ritualizada mediante la reiteración y la repetición constante es lo que hace que el género y la sexualidad surjan como algo natural (2007). Es así que la heterosexualidad normativa y naturalizada, a su criterio, permanece incrustada en el proceso continuo de formación de los sujetos sexuados a través de la reiteración de tales normas. Sin embargo, cada acto que reitera la norma trae consigo la posibilidad de la subversión. Por tanto, el género y la sexualidad son producidos, pero también susceptibles de ser desestabilizados mediante esta operación que torna inestable y precaria la hegemonía de la norma. El carácter dinámico que imprime la necesidad de que la norma sea instalada a cada momento trae consigo, entonces, la posibilidad de su transgresión. Como el proceso continuo que produce al sujeto puede fallar o estar signado por el error, esta consideración teórica abre una enorme fuente de posibilidades culturales que giran en torno a la incertidumbre respecto de los posibles resultados y efectos que transcurren en las zonas donde la norma se muestra ambivalente y resignificable.

Nos dice Butler (2008) que el fracaso de la norma se torna una opción posible a causa de la naturaleza mutuamente constitutiva y los límites vacilantes entre 'lo interno' y 'lo externo'. Tal como sostuvo Sigmund Freud en *Tres ensayos de una teoría sexual* (1978 [1905]), todo ser humano realiza elecciones de objeto homosexual que permanecen inconscientes. Tanto la elección de objeto heterosexual como la homosexual se sostienen sobre restricciones impuestas, en una u otra dirección. Judith Butler toma las ideas freudianas, en sus palabras:

...el sujeto se constituye a través de la fuerza de la exclusión y la abyección, una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que, después de todo, es 'interior' al sujeto como su propio repudio fundacional (2008:20).

En relación con el registro cultural de tal proceso, Butler se muestra en contra de cualquier "...monismo discursivo o línüüisticismo que niega la fuerza constitutiva de la exclusión, la supresión, la forclusión y la abyección violentas y su retorno destructivo [disruptivo, subversivo] dentro de los términos mismos de la legitimidad discursiva" (Butler, 2008:27). Esta afirmación sugiere que aquello que comúnmente se percibe como fuera de las fronteras no es, en sentido estricto, exterior. Desde el mismo momento en que 'el exterior', lo excluido, asume el carácter de constitutivo de la totalidad, siempre estará presente en 'el interior'.

Este marco conceptual permite a Butler (2000; 2007; 2008) plantear la distinción entre heterosexualidad y homosexualidad en otros términos. Los

argumentos teóricos sobre la inevitable relación lógica entre ‘interior’/‘exterior’ dan lugar a una perspectiva analítica a partir de la cual es posible pensar la posibilidad de que aquellos sujetos que habitan posiciones lesbianas puedan reelaborar los discursos y las prácticas que se encuentra dentro de la ‘heteronorma’ (Bolsø, 2001). Tal posibilidad origina un debilitamiento de la dicotomía hetero/homo y, por lo tanto, subvierte la hegemonía normativa heterosexual. Butler se interroga,

¿No es posible que la sexualidad lesbiana sea un proceso que reinscribe los dominios de poder a los que se resiste, que esté constituida en parte por la matriz heterosexual que busca desplazar, y que su especificidad deba ser restablecida no afuera o más allá de esa reinscripción o reiteración, sino en su misma modalidad y efectos? (2000:93).

Si bien ‘ser’ lesbiana implicaría pertenecer a una zona ‘exterior’ en relación con la heterosexualidad dominante esto no implica la existencia de una esencia lesbiana. El análisis se centra en la posibilidad de la reinscripción, y sus efectos, por parte de quienes asumen esa categoría como propia, y la habitan, para trastornar los efectos de la norma. Desde esta perspectiva, no hay un ‘afuera’ que guarde en sí mismo opciones sexuales que escapen a la norma, y cuya reivindicación garantiza la libertad de la sexualidad reprimida. Por el contrario, como no hay un ‘afuera’ de la norma, el exterior constituye una zona delineada por la propia norma para anclar allí los márgenes temidos por el sujeto. Buscar la libertad reivindicando las categorías allí inscriptas implica, inevitablemente, reforzar la norma y, por lo tanto, ser subsidiario del ordenamiento social que se intenta socavar.

La autora introduce un concepto de *Matriz heterosexual* para abordar el tema (Butler, 2007). Es posible situar tal concepto como nodal en su pensamiento. Al respecto, Butler entiende tal expresión como

...la rejilla de inteligibilidad cultural a través de la cual se naturalizan cuerpos, géneros y deseos. [Ha] partido de la idea de ‘contrato heterosexual’ de Monique Wittig y (...) de la idea de ‘heterosexualidad obligatoria’ de Adrienne Rich para describir un modelo discursivo/epistémico hegemónico de inteligibilidad de género, el cual da por sentado que para que los cuerpos sean coherentes y tengan sentido debe haber un sexo estable expresado mediante un género estable (masculino expresa hombre, femenino expresa mujer) que se define históricamente y por oposición mediante la práctica obligatoria de la heterosexualidad (2007:292).

Desde mi punto de vista, la relevancia del concepto de *Matriz heterosexual*

radica en su potencialidad a la hora de trazar posibles vinculaciones entre sexo, género y sexualidad. La autora menciona que

los géneros inteligibles son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo. Es decir, los fantasmas de discontinuidad e incoherencia, concebibles únicamente en relación con las reglas existentes de continuidad y coherencia, son prohibidos y creados frecuentemente por las mismas leyes que procuran crear conexiones causales o expresivas entre sexo biológico, géneros culturalmente formados y la «expresión» o «efecto» de ambos en la aparición del deseo sexual a través de la práctica sexual” (Butler, 2007: 72)

Lo que Butler (2007) denomina como *Matriz heterosexual* refiere, en última instancia, a la creencia hegemónica que sostiene la conexión necesaria entre sexo, género, práctica sexual y deseo. La matriz organiza cada uno de estos elementos de forma tal que torna inteligibles algunos géneros y sexualidades e ininteligibles otros. Por ejemplo, la masculinidad y la feminidad constituyen géneros socialmente inteligibles porque son vinculados bajo relación de causalidad con los sexos biológicos macho y hembra.

Por otra parte, si no existieran diferencias socialmente establecidas entre varones y mujeres la heterosexualidad perdería sentido, puesto que esta categoría requiere que los seres humanos se clasifiquen en grupos opuestos. En palabras de la autora,

la heterosexualización del deseo exige e instaura la producción de oposiciones discretas y asimétricas entre ‘femenino’ y ‘masculino’, entendidos estos conceptos como atributos que designan ‘hombre’ y ‘mujer’. La matriz cultural -mediante la cual se ha hecho inteligible la identidad de género- exige que algunos tipos de ‘identidades’ no puedan ‘existir’: aquellas en las que el género no es consecuencia del sexo y otras en las que las prácticas del deseo no son ‘consecuencia’ ni del sexo ni del género. En este contexto, ‘consecuencia’ es una relación política de vinculación creada por las leyes culturales, las cuales determinan y reglamentan la forma y el significado de la sexualidad (Butler, 2007:72).

¿Qué cuerpos más allá del binarismo masculino/femenino?

Los movimientos de liberación de las mujeres surgidos en los años sesenta, anclados en *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, han desplegado una prolífera

producción intelectual multidisciplinaria (Femenías, 2012; Dorlin, 2009) que rápidamente comenzó a configurar la denominada Teoría Feminista. Desde allí se dirigieron los intentos de visibilizar a las mujeres en la esfera de lo social, explicar su opresión y alcanzar el logro de relaciones más igualitarias entre varones y mujeres en todos los ámbitos. Aunque las formas de explicar la subordinación fueron diversas, todas tomaban como referencia la categoría mujer.

Posteriormente, la introducción de la categoría género complejizó el debate, instalando un análisis relacional contextualizado que permitió reformular la noción de mujer a-histórica, esencial y universal (Cangiano & DuBois, 1993). Como categoría de análisis, el género ofreció herramientas útiles para la comprensión del carácter relacional y del largo proceso histórico de construcción social que sostiene la diferencia entre varones y mujeres. Al mismo tiempo, denunció la lógica binaria y excluyente que ordena la distribución del poder entre varones y mujeres de forma no equitativa (Burin & Meler, 1998; 2000). En suma, la introducción del género en el campo del feminismo produjo un avance teórico significativo en la comprensión de la diferencia entre varones y mujeres como producto de normas culturales, ya que permitió comenzar a pensar la subordinación de las mujeres por fuera del campo de la naturaleza.

En este contexto conceptual, el género ha sido delimitado en oposición al concepto de sexo, concebido como un hecho biológico. De este modo el género ha quedado estrictamente identificado con el conjunto de significados que diferencian a varones de mujeres: activo/pasivo, proveedor/ama de casa, público/privado, cultura/naturaleza, razonable/emocional, competitivo/compasiva. En contraste con esta categoría, el sexo refiere a los cuerpos de varones y mujeres, en tanto fijos, inmutables y naturales; punto de referencia incuestionable que el dimorfismo sexual impone al cuerpo (Glynos, 2000) y, a partir de allí, permite la posibilidad de deslindar una identidad específicamente femenina.

Si, tal como afirma Butler (2007), la distinción entre sexo y género implementada por el feminismo fue alimentada por la intención de socavar la biología como destino de la inferioridad de las mujeres, esta estrategia comenzó a mostrar sus desventajas. Varios intelectuales (Preciado, 2011; Butler, 2007; Fausto Sterling, 2006; Laqueur, 1994) dedicados a pensar el sexo en términos de construcción social han demostrado convincentemente que la distinción entre sexo y género es absurda, pues el sexo en sí mismo es, al igual que el género, una construcción social. En palabras de Butler, “no se puede aludir a un cuerpo que no haya sido desde siempre interpretado mediante significados culturales...” (2007:57); por ello parece imposible referir al sexo sin recurrir a un discurso normativo de género que le dé forma y lo interprete.

En su ensayo *El falo lesbiano y el imaginario morfológico*, Judith Butler

(2008) propone una alternativa para socavar los esquemas hegemónicos a partir de los cuales se decodifican los cuerpos. Como operación de rescate destinada a arrebatarse el cuerpo de un campo delimitado a partir de fundamentos naturales, la autora instala la pregunta: “¿Qué es lo que constituye, en última instancia, una parte corporal?”

Para Butler, la captura crítica de aquello que percibimos como la carne real (Kirby, 2011) supone el análisis de procesos culturales que comandan la materialización de los cuerpos. En otras palabras, Butler se propone un cambio de perspectiva desde la cual se torna visible el código cultural oculto tras la apariencia de la materialidad de la existencia bruta (2007; 2008). El nuevo punto de mira sólo se logra cuando el espectador ha agudizado su capacidad de extrañamiento a un punto tal que se torna capaz de desarticular la densa trama de los regímenes sociales de significación que invisten fantasmáticamente los cuerpos, pilares de una/esta realidad de género contingente.

En este enfoque conceptual construido por Butler, el cuerpo, en su sentido anatómico, no constituye un referente original. El cuerpo adquiere existencia cuando ciertos límites, no naturales, imponen una morfología específica. La pregunta que emerge pareciera ser: ¿Cuáles son los mecanismos que instalan una versión, fálica, de los cuerpos en detrimento de otras?

Butler recurre al psicoanálisis para exponer la ambivalencia, implícita en las operaciones de escritura, con la que se enfrentan los autores en algunos de sus textos fundamentales. La trayectoria de Butler (2008) tiene como punto de inicio, los intentos de retratar a los padres del psicoanálisis en el mismo instante en que satisfacen el ideal fálico mediante explicaciones teóricas que sofocan la ambivalencia emergente. El punto de llegada es la posibilidad de emergencia del falo lesbiano, con el cual Butler no sólo se aparta del ideal antes mencionado sino que también vislumbra nuevos imaginarios morfológicos posibles.

El arco de tensiones que conecta ambos puntos comienza su recorrido con *Introducción del Narcisismo*, donde Freud (1979 [1914]) vincula la autoinvestidura libidinal con el dolor y, finalmente, con la hipocondría. Estas vinculaciones le permiten a Butler fijar como epicentro las experiencias corporales del narcisismo para instalar el desplazamiento que conduce a la idea de que no hay cuerpo antes de tales experiencias. Tanto el dolor como la hipocondría vienen a dar cuenta del depósito de libido sobre una parte del cuerpo, la que no existe para la conciencia antes de la catexia. Siguiendo esta línea, todo parece indicar que no es tan sencillo establecer una frontera entre heridas físicas y heridas imaginarias; dicho en otras palabras, la parte corporal y la partición fantasmática que la torna cognoscible bajo la conciencia son indisolubles.

La ambivalencia anteriormente sugerida, detectada por Butler (2008), comienza

a instalarse cuando Freud (1979 [1914]) fija como órgano prototípico, en tanto sensible al dolor, el órgano sexual en estado de excitación. Claramente los genitales son delineados como ejemplos paradigmáticos de una parte del cuerpo que se torna epistemológicamente accesible mediante una investidura fantasmática. En tanto prototipo, los genitales son susceptibles de sustituir otras partes del cuerpo, con lo cual el órgano sexual posee la capacidad de desplazarse y proliferar, hasta, incluso, emplazarse en localizaciones inesperadas.

Sin embargo, una declaración invertida de Freud (1979 [1914]) llama la atención de Butler. El autor menciona que los genitales pueden ser sustituidos por zonas erógenas. Butler se enfrenta, entonces, con una contradicción lógica: los genitales, podríamos agregar, junto a Butler, masculinos, se instalan como sitio originario de erotización del que es posible desplegar sustituciones a modo de ejemplificaciones secundarias, pero al mismo tiempo es caracterizado como objeto de sustituciones, es decir, el efecto de un conjunto de desplazamientos.

En este proceso paradójico, el falo adquiere en primera instancia un papel privilegiado y generativo, para luego quedar relegado a una zona generada, por una serie de ejemplos de zonas erógenas. A criterio de Butler (2008) la contradicción emergente es síntoma del deseo no articulado de construir a los genitales masculinos en una idealización originadora. Freud, sin saberlo, instala teóricamente el límite de todo imaginario posible en “materia” de morfología corporal/sexual, pues instala el falo como origen, como único elemento, simbólicamente codificado, que confiere significación a las partes del cuerpo.

A partir de estas consideraciones, Butler (2008) devela el significado intercambiable del término falo respecto de la referencia a los genitales masculinos, es decir, el pene. A la autora le resultan claras las dos caras de todas y cada una de las referencias de Freud a los genitales. La autora argumenta el modo en que Freud, mediante analogías y sustituciones, afirma retóricamente el carácter transferible de la propiedad fálica como estrategia para devolver al pene tal propiedad (1979 [1914]). En Freud, el carácter transferible del falo otorga accesibilidad epistemológica a las partes del cuerpo. El falo no se localiza de manera fija y exclusiva en ninguna parte del cuerpo. La superposición pene/falo constituye la solución freudiana de una ambivalencia mediante la invocación a un ideal. Así queda expuesta la valoración y constitución imaginaria de las partes del cuerpo.

Para Butler, el cuerpo es materia de significación. El cuerpo, como efecto, se materializa cuando asume una *morphé*. De aquí en más, para la autora es posible reescribir el imaginario corporal. Al analizar las ideas de Lacan, Butler también detecta el modo en que el falo, como figura fantasmática, sufre contradicciones perturbadoras. Butler concluye que el falo es un significante privilegiado que obtiene tal privilegio en su reiteración, que tiene efectos imaginarios en las articulaciones

fantasmáticas que constituye el referente tanto de las morfologías femeninas como masculinas en tanto cuerpo diferenciados. Butler inaugura un campo prolífico para pensar de modo diferente el cuerpo cuando afirma que

... los actos simultáneos de quitarle su posición privilegiada al falo apartándolo de la forma heterosexual normativa de intercambio y circunscribirlo dándole un lugar de privilegio entre las mujeres son un modo de romper la cadena signifiante en la cual opera convencionalmente el falo. Si una lesbiana 'tiene' el falo, también está claro que no lo 'tiene' en el sentido tradicional y su actividad promueve una crisis en el sentido de lo que significa 'tener' el falo. La posición fantasmática del hecho de 'tener' se rediseña, se hace transferible, sustituible, plástica; y el erotismo producido dentro de este tipo de intercambio depende tanto del desplazamiento desde los contextos masculinistas tradicionales como el redespliegue crítico de sus figuras centrales de poder (Butler 2008:139).

Reflexiones finales

Si nos centramos en las producciones de feministas lesbianas, vemos que apuntan a la delimitación y al enredo que se produce, entre deseo y poder, en la construcción social de los cuerpos sexuados. Asimismo notamos la homologación falo/pene que subyace tanto a la significación social que reciben los cuerpos sexuados, como a los intentos de evadir el alcance del falocentrismo, atacando y repudiando las relaciones concretas con los varones.

En términos generales, es posible trazar una trayectoria de la forma en que el feminismo lésbico procede en la comprensión del tema:

- Se concibe una economía política del sexo donde todas las instituciones que integran el orden social y cultural patriarcal se encuentran sostenidas por la Heterosexualidad Obligatoria y Compulsiva;
- La regulación simbólica de los flujos deseantes que entreteje la complementariedad entre los sexos es falocéntrica, y a partir de allí se produce una doble localización de los cuerpos que delimita dos colectivos sociales (varones y mujeres) con una distribución desigual de poder;
- Opera un *continuum* falo-pene; entonces, los cuerpos provistos con pene advienen pilares concretos de la subordinación propia del sistema heteropatriarcal; los cuerpos sin pene, marcados como mujeres, constituyen el colectivo subordinado;

- Es posible escapar de las redes de tal organización social a partir de los lazos eróticos/políticos entre mujeres que excluyen al pene, y al varón opresor que lo porta.

Como se ha intentado demostrar, Judith Butler denuncia los sesgos esencialistas e instala un cambio de perspectiva para abordar la sexualidad más allá de los términos dicotómicos heterosexualidad/homosexualidad. La autora también ofrece herramientas teóricas para desvincular la relación naturalizada entre el pene y el falo, movimiento que permite, al menos, cuestionar la existencia de cuerpos esencialmente femeninos y masculinos en tanto sedes de géneros y de sexualidades 'normales'.

En última instancia, la postura expuesta constituye un marco teórico que permite pensar más allá de la lógica binaria que nos aporta el género, a partir de la cual decodificamos los cuerpos. En ese contexto, la propuesta butleriana sobre el falo lesbiano instala la posibilidad de recodificar, en clave post-género, los cuerpos construidos en el interior de la matriz heterosexual (Soley-Beltrán, 2009). Sin dudas, el cuestionamiento apunta a relativizar el falo como un concepto universal que actúa como un mito legitimado desde múltiples narrativas, y que se ha sostenido durante tanto tiempo como evidencia de un orden patriarcal naturalizado.

Es necesario continuar explorando la vía de análisis de Judith Butler. Si el objetivo es sortear el malestar que genera para muchas vidas la heterosexualidad como institución política que todo lo cubre, el camino más conveniente no es la captura en identidades cuyos mandatos normativos refuerzan la propia matriz heterosexual. El objetivo debería transcurrir por generar nuevas categorías que agoten el sistema clasificatorio, que recorta identidades dicotómicas, monolíticas y esenciales, inscriptas en la verdad biológica de los cuerpos naturalizados, para así poder pensar en múltiples formas de existencia.

Recibido: 10/08/2014

Aceptado para publicación: 27/03/2015

Referencias bibliográficas

- BELOFF, Halla. 1992. "On being ordinary". *Feminism & Psychology*. October 1992. Vol. 2, n° 3, p.424-426.
- BENJAMIN, Jessica. 1996. *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós. 354 p.
- BENJAMIN, Jessica. 1997. *Sujetos iguales, Objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós. 258 p.
- BERSANI, Leo. 1998. *Homos*. 1ª ed. Buenos Aires: Manantial. 206 p.
- BOLSØ, Agnes. 2001. "When Women Take: Lesbians Reworking Concepts of Sexuality". *Sexualities*. November 2001. Vol. 4, n° 4, p.455-473.
- BOURDIEU, Pierre. 2010. *La dominación masculina*. 6ª ed. Barcelona: Anagrama. 161 p.
- BRAIDOTTI, Rosi. 2000. *Sujetos nómades*. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós. 254 p.
- BROWN, Wendy. 1995. *States of injury: power and freedom in late modernity*. 1ª ed. Princeton: Princeton University Press. 219 p.
- BURIN, Mabel & MELER, Irene. 1998. *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós. 437 p.
- BURIN, Mabel & MELER, Irene. 2000. *Varones. Género y subjetividad masculina*. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós. 370 p.
- BUTLER, Judith. 1999. "Revisiting bodies and pleasures". *Theory, Culture & Society*. April 1999. Vol. 16, n° 2, p.11-20.
- BUTLER, Judith. 2000. "Imitación e insubordinación de género". In: GIORDANO, R. & GRAHAM, G. (eds.). *Grañas de Eros*. 1ª ed. Buenos Aires: Edelp. 215 p.
- BUTLER, Judith. 2007. *El género en disputa*. 1ª ed. Barcelona: Paidós. 316 p.
- BUTLER, Judith. 2008. *Cuerpos que importan*. 2ª ed. Buenos Aires: Paidós. 345 p.
- BUTLER, Judith. 2010. *Mecanismos psíquicos del poder*. 2ª ed. Madrid: Catedra. 213 p.
- CANGIANO, M. Cecilia. & DUBOIS, Lindsay. 1993. *De mujer a género*. 1ª ed. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 161 p.
- CHODOROW, Nancy. 1978. *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. 1ª ed. Berkeley: University of California Press. 263 p.
- CRAWFORD, Mary. 1992. "Identity, 'Passing' and Subversion". *Feminism & Psychology*. October 1992. Vol. 2, N° 3, p. 429-431.
- DI SEGNI, Silvia. 2013. *Sexualidades. Tensiones entre la psiquiatría y los colectivos militantes*. 1ª ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 357 p.
- DORLIN, Elsa. 2009. *Sexo, género y sexualidades*. 1ª ed. Buenos Aires: Nueva Visión. 126 p.
- DUNKER, Patricia. 1992. "Heterosexuality: Fictional agendas". *Feminism & Psychology*. October 1992. Vol. 2, N° 3, p. 353-365.

- FAUSTO-STERLING, Anne. 2006. *Cuerpos sexuados*. 1ª ed. Barcelona: Melusina. 526 p.
- FEMENÍAS, M. Luisa. 2012. *Sobre sujeto y género. (Re) Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*. 2ª ed. Buenos Aires: Prohistoria. 211 p.
- FOUCAULT, Michel. 2008a [1975]. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. 2ª ed. Buenos Aires: Siglo XXI. 384 p.
- FOUCAULT, Michel. 2008b [1976]. *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. 2ª ed. Buenos Aires: Siglo XXI. 152 p.
- FREUD, Sigmund. 1978 [1905]. "Tres ensayos de una teoría sexual". In: *Obras Completas*, Tomo VII. 1ª ed. Buenos Aires: Amorrortu. 314 p.
- FREUD, Sigmund. 1979 [1914]. "Introducción del narcisismo". In: *Obras Completas*, Tomo XIV. 1ª ed. Buenos Aires: Amorrortu. 389 p.
- GERGEN, Mary. 1992. "Unbundling Our Binaries-Genders, Sexualities, Desires". *Feminism & Psychology*. October 1992. Vol. 2, nº 3, p.447-450.
- GIORDANO, Raúl & GRAHAM, Graciela (eds.) 2000. *Grafías de Eros*. 1ª ed. Buenos Aires: Edelp. 215 p.
- GLYNOS, Jason. 2000. "Sexual identity, identification and difference: a psychoanalytic contribution to discourse theory". *Philosophy & Social Criticism*. November 2000. Vol. 26, nº 6, p.85-108.
- HALPERIN, David. 2007. *San Foucault. Para una hagiografía gay*. 1ª ed. Buenos Aires: El cuenco de plata. 212 p.
- HOLLWAY, Wendy. 1993. "Theorizing Heterosexuality: A Response". *Feminism & Psychology*. October 1993. Vol. 3, nº 3, p.412-417.
- IRIGARAY, Luce. 2007. *Espéculo de la otra mujer*. 1ª ed. Madrid: Akal. 336 p.
- JACKLIN, Carol Nagy. 1992. "How my heterosexuality affects my feminist politics". *Feminism & Psychology*. October 1992. Vol. 2, nº 3, p.420-422.
- KANNEH, Kadiatu. 1992. "Sisters under the skin: a politics of heterosexuality". *Feminism & Psychology*. October 1992. Vol. 2, nº 3, p.432-433.
- KIRBY, Vicki. 2011. *Judith Butler: Pensamiento en acción*. 1ª ed. Barcelona: Ediciones Bellaterra. 207 p.
- KITZINGER, Celia, WILKINSON, Sue & PERKINS, Rachel. 1992. "Theorizing heterosexuality". *Feminism & Psychology*. October 1992. Vol. 2, nº 3, p.293-324.
- KITZINGER, Jenny. 1992. "Sexual violence and compulsory heterosexuality". *Feminism & Psychology*. October 1992. Vol. 2, nº 3, p.399-418.
- LAQUEUR, Thomas. 1994. *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. 1ª ed. Madrid: Ediciones Cátedra. 414 p.
- LÓPEZ PENEDO, Susana. 2008. *El laberinto queer. La identidad en tiempos de neoliberalismo*. 1ª ed. Madrid: Egales. 336 p.
- MACKINNON, Catherine. 1987. *Feminism Unmodified*. 1ª ed. Boston: Harvard University Press. 147 p.

- MARTÍNEZ, Ariel. 2012a. "Los cuerpos del sistema sexo/género. Aportes teóricos de Judith Butler". *Revista de Psicología. Segunda época*. Vol. 12, p.127-144.
- MARTÍNEZ, Ariel. 2012b. "El falo descentrado. Judith Butler, Donna Haraway y Beatriz Preciado: perspectivas conceptuales en torno al cuerpo". Actas del IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, Universidad de Buenos Aires, p.189-192.
- MELER, Irene. 2013. Comunicación personal.
- PÉREZ NAVARRO, Pablo. 2008. *Del texto al sexo. Judith Butler y la performatividad*. 1ª ed. Madrid: Egales. 185 p.
- PRECIADO, Beatriz. 2011. *Manifiesto contrasexual*. 1ª ed. Barcelona: Anagrama. 212 p.
- PRECIADO, Beatriz. 2014. *Testo Yonqui. Sexo, drogas y biopolítica*. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós. 371 p.
- RADICALESBIANS. 2009 [1970]. "LA MUJER IDENTIFICADA CON MUJERES". IN: MÉRIDA JIMÉNEZ, R. (ed.). *Manifiestos gays, lesbianos y queer*. 1ª ed. Barcelona: Icaria. 268 p.
- RAMAZANOGLU, Caroline. 1994. "Theorizing heterosexuality: a response to Wendy Hollway". *Feminism & Psychology*. May 1994. Vol. 4, n° 2, p.320-321.
- RAYMOND, Janice. 1986. *A passion for friends: towards a philosophy of female affection*. 1ª ed. London: The Women's Press. 275 p.
- REINHARZ, Shulamit. 1992. "How My Heterosexuality Contributes to My Feminism and Vice Versa". *Feminism & Psychology*. October 1992. Vol. 2, n° 3, p. 450-453.
- RICH, Adrienne. 1980. "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence". *Signs*. Summer 1980. Vol. 4, n° 5, p.631-660.
- RICH, Adrienne. 2009. "Prefacio a 'Heterosexualidad obligatorio y existencia lesbiana' (1980-1982)". In: MÉRIDA JIMÉNEZ, R. (ed.). *Manifiestos gays, lesbianos y queer*. 1ª ed. Barcelona: Icaria. 268 p.
- RUBIN, Gayle. 1975. "The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex". In: REITER, R. (ed.). *Toward an Anthropology of Women*. 1ª ed. New York: Monthly Review Press. 416 p.
- SÁEZ, Javier. 2004. *Teoría Queer y psicoanálisis*. 1ª ed. Madrid: Síntesis. 221 p.
- SÁEZ, Javier & CARRASCOSA, Sejo. 2011. *Por el culo. Políticas anales*. 1ª ed. Madrid: Egales. 184 p.
- SEDWICK, Eve. 1991. *Epistemology of the closet*. 1ª ed. London: Harvester Wheatsheaf. 258 p.
- SEGAL, Lynne. 1994. *Straight Sex: the politics of pleasure*. 1ª ed. London: Virago. 376 p.
- SEGAL, Lynne. 1997. "Caustic Collisions". *Feminism & Psychology*. November 1997. Vol. 7, n° 4, p.559-565.
- SOLEY-BELTRAN, Patricia. 2009. *Transexualidad y la matriz heterosexual*. 1ª ed. Barcelona: Ediciones Bellaterra. 463 p.

- THOMPSON, Denise. 1992. "Against the dividing of woman: lesbian feminism & heterosexuality". *Feminism and Psychology*. October 1992. Vol. 2, n° 3, p.387-398.
- WEEKS, Jeffrey. 2012. *Lenguajes de la sexualidad*. 1ª ed. Buenos Aires: Nueva Visión. 287 p.
- WITTIG, Monique. 2005. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. 2ª ed. Madrid: Egales. 127 p.
- YOUNG, Alison. 1992. "The Authority of the Name". *Feminism & Psychology*. October 1992. Vol. 2, n° 3, p.422-424.
- YUVAL-DAVIS, Nira. 1992. "The (Dis)Comfort of being 'hetero'". *Feminism & Psychology*. June 1992. Vol. 2, n° 3, p.438-439.